

LOS REGUEROS DE LA MEMORIA

Recordar es como volver a vivir, pero de una manera diferente, porque la pátina del tiempo recubre la simple historia de los acontecimientos con una nueva aureola y logra que éstos lleguen a alcanzar la categoría de leyenda, de mitología o de pequeña anécdota.

Por esto, no sabría decir con seguridad si, lo que voy a relatar, ocurrió realmente así o es mi imaginación la que me lo presenta desde esta perspectiva.

Eran los años oscuros y difíciles de la posguerra y, nosotros, los pequeños, bastante teníamos con seguir creciendo, recorrer las calles del pueblo, asistir a la escuela de don Antero y ejercitar las inocentes travesuras para perpetuar la época.

El pueblo era pequeño y nos conocíamos todos, mayores y pequeños, como una gran familia donde no hay secretos que ocultar ni miseria que envidiar. Todos vivíamos directamente del campo, a orillas del río Orbigo que, por entonces, dejaba de ser un simple trazo de agua, adorno de una geografía pintoresca, para convertirse en el sustento revitalizador, como redes capilares de pequeños regueros, del exiguo minifundio de parcelas de remolacha, de alubias o de trigo.

Entre ese variopinto sendero de recuerdos, acuden a mi mente las imágenes de una tarde de julio, bajo un sol implacable y el nublado sombrío, gigante dormido con su furia en reserva.

El tío Sebas se acaba de levantar de su siesta de ritual y, ahogando un bostezo bajo la sombra de su manaza, contempla preocupado el horizonte. Lo que ve, ramales rojizos que se estrián de arriba a abajo, a lomos del Teleno, no le está gustando nada. Mueve la cabeza preocupado y se dirige a la cuadra a dar agua al mulo y al cerdo. Un grito cruza la sala, la cocina, el corral y llega hasta la cuadra.

-En buen momento llega, -murmura el tío Sebas.

Y continúa acariciando la cabeza del viejo mulo, compañero de fatigas, que impasible a la ternura, come con avidez el pienso merecido.